

## Todo irá a mejor

Lo primero que pensé al conocer a W55XNX es que era un tipo normal: sabía hablar inglés, le gustaba leer poesía y tres enormes antenas de color verde coronaban su cabeza.

La convivencia empezó de la mejor manera posible. Aquel día llegué al piso sin saber lo que me esperaba, y él, sonriendo con su doble boca, sujetó mis maletas y las condujo hasta el dormitorio.

—Esta es la habitación en la que vivía yo hace años. Hasta que mi anterior compañero... se fue. Seguro que aquí estás cómodo.

Observé la estancia. Las últimas luces de la tarde se filtraban por las rendijas de la persiana, era una decoración sobria, sin adornos. Aproveché que mi nuevo compañero de piso se había marchado al salón para ordenar mis pertenencias. Dejé la ropa bien doblada en el armario, llevé mi cepillo de dientes al aseo y puse el móvil a cargar.

Alcé la cabeza y contemplé el dormitorio. Se me escaparon un par de lágrimas. El nuevo hogar iba a depararme una vida mucho mejor.

Quise pasar algo de tiempo con W55XNX antes de acostarme. Era momento de conocernos. Me senté junto a él en el sofá y no pude evitar fijarme en su piel llena de escamas, en el color naranja de su semblante. Se encontraba distraído jugando a la consola, no se percató de mi presencia hasta que transcurrieron alguno segundos.

—Mañana echamos una partidita, ahora estoy cansado, y antes de dormir...

Hizo una pausa para apagar la consola y sacar un pequeño recipiente de metal del bolsillo. En su interior había una sustancia chiclosa, una masa blancuzca que no dudó en meterse en la boca.

—Esta es mierda de la buena.

Al mismo tiempo que masticaba, su rostro se volvía azul, marrón, violeta, verde, negro y su torso se estremecía en importantes sacudidas; así hasta que se tranquilizó exhalando un suspiro y estirando los pies para ponerlos encima de la mesa.

—Lo siento, no hay para ti, tengo comprobado que a los humanos se os va la pinza. Esto es para relajarse, para estar tranqui, ¿entiendes?

No sabía cómo tomarme aquella advertencia, así que me limité a reír y a darle la razón. Mantuvimos entonces una animada charla en la que me explicó sus intereses vitales; hay que pasarlo bien, tío, la vida es corta; también quiso aclarar sus pensamientos políticos; el comunismo nunca ha funcionado, no sé por qué os empeñáis; y, por último, intentó convencerme sobre las ventajas de la soltería; es que las pibas sólo traen problemas.

Aproveché un instante de silencio para levantarme del sofá y despedirme de él.

—Mañana me despertaré temprano, tengo que encontrar trabajo cuanto antes.

Mi compañero de piso, todavía con los pies sobre la mesa, respondió mediante un balbuceo. Sus antenas vibraban al compás de cada palabra:

—Yo también voy a madrugar, a eso de las once y media, más o menos.

Me dirigí de inmediato al dormitorio. Había sido un día largo. Mientras deshacía la cama escuché un ruido que llamó mi atención. Era una mezcla de chasquidos y gemidos guturales que necesariamente provenía de W55XNX. Supuse que estaba comunicándose con alguno de los suyos, seguramente a distancia, utilizando las antenas.

Abrí el cajón de la mesita de noche, agarré los cascos de traducción auditiva y los coloqué en mis orejas. De forma instantánea, los silbidos de mi compañero se transformaron en una voz nítida. El tono que empleaba era más grave que hace un rato.

—No lo comprendo, pensaba que con los militares iba a ser suficiente. Pero en ese caso... espero que sea parecido a la última vez.

La convivencia siguió siendo apacible. Pasábamos las tardes jugando a la consola, bebiendo cerveza y relatándonos nuestras vidas. Cada vez que caía la noche, él volvía a meterse aquella especie de chicle en la boca y durante un instante se sumergía en algo similar a un trance.

Sin embargo, el desasosiego iba anidando poco a poco en mi interior. W55XNX no tardó en darse cuenta de lo que me estaba ocurriendo.

—Tú lo que necesitas es currar y conseguir un poco de panoja. Un colega acaba de montar un restaurante de primera categoría y está buscando empleados, ¿te interesa?

—¡Por supuesto!

Mientras se nos derretían las pupilas frente al televisor, me puso su mano sobre el hombro y dijo:

—Esa es la actitud. Con esfuerzo y ganas todo irá a mejor. Tienes que olvidarte de la mentalidad que tanto os mola a los de tu especie. Te irá fetén, ¡el esfuerzo se premia!

Mi compañero propinó un último trago a la cerveza, arrugó la lata apretándola entre los dedos y la arrojó al suelo. Un largo eructo salió de sus dos bocas.

A la mañana siguiente acudí al restaurante de su amigo. Iba con mi mejor aspecto, peinado con gomina, camisa recién planchada y chaqueta. Al entrar en el local me dieron paso a una sala pequeña y austera, con una mesa rectangular en el centro. La única iluminación era la de una bombilla que parpadeaba en el techo. Estaba solo y olía a pizza.

A los diez minutos apareció el entrevistador. Me saludó ofreciendo su mano llena de protuberancias. Cuando nos separamos me ajusté los cascos de traducción al oído y supe que su nombre era algo semejante a ZZZZZZZZ1; qué nombre tan vulgar, pensé.

Nos miramos en silencio, cada uno sentado en un extremo de la sala. Cuando se humedeció ambas bocas intuí que iba a hablar.

—¿Tienes experiencia? ¿Has trabajado en algún restaurante en tu planeta?

—Me pagué los estudios sirviendo copas. Después, cuando terminé la carrera...

—Perfecto. ¿Qué sabes hacer?

La bombilla se fundió durante unos segundos. Estuvimos en penumbra hasta que volvió a encenderse.

—Hice un máster y estuve una década trabajando como especialista en...

—Ya, ya, imagino por dónde vas, pero es que todo eso ya lo hacen los robots por nosotros. Reformulo la pregunta: ¿qué puedes aportar a la empresa?

Suspiré. Estaba empezando a sudar. Me alisé los pliegues de la camisa.

—Bueno, yo... soy nuevo aquí... y... entonces...

—Sí, sí, ese discurso me lo sé de memoria. Todos venís pensando que vais a ganar una pasta, no queréis responsabilidades, vivís cómodamente de las ayudas estatales...

—No, a ver, es que...

—Esto no es como en tu planeta. Aquí hay que trabajar duro. Si lo haces todo será más fácil.

—Claro, sí, sólo decía que...

—Yo también empecé desde abajo, y mírame ahora. Nadie me ha regalado nada. Métete esto en la cabeza: ¡el trabajo es lo más importante!

El entrevistador se levantó del asiento y extendió los brazos. Sus antenas golpearon la bombilla, que emitió un último fognazo antes de apagarse.

—¿Sabes? En realidad te veo con actitud, y justo tenemos un puesto libre.

—Genial. ¿En qué consiste?

Me costaba respirar. El sudor había provocado que el cuello de la camisa se me pegase a la garganta. Qué calor tan insoportable. La bombilla volvió a encenderse.

—¿Sabes montar en bici?

—Sí.

—¡Pues estás contratado! ¡Enhorabuena!

Las antenas de *ZZZZZZZZ1* chocaron entre ellas como si estuviesen dando un aplauso. Por suerte no tuve que permanecer mucho más tiempo allí, el entrevistador me ofreció una serie de papeles en los que se resumían mis tareas: iba a trabajar como repartidor de pizzas a domicilio.

Firmé en el borde de todas las páginas. El sueldo era ridículo, aunque algo por encima de la cantidad que solía cobrarse en La Tierra antes de que tuviese que marcharme. Sólo me detuve en una frase, escrita con letra pequeña al final de uno de los folios: *Este contrato está parcialmente subvencionado por el Tratado Intergaláctico de Ayuda a Planetas Pobres (TIAPP).*

La piel me sudaba perfume cuando llegué al lugar de la cita. Tenía la boca seca, pedí un refresco al camarero al tomar asiento.

Era un restaurante que en nada se parecía a aquel en el que trabajaba. Las mesas se repartían en un salón íntimo, a media luz, un leve hilo musical de fondo comenzó a colarse en mis oídos, aumentando la ansiedad.

Las conversaciones de unos y otros comensales se pronunciaban en voz baja. Ni siquiera con el traductor auditivo conseguí enterarme de lo que decían, así que opté por ojear la carta. Al observar los precios tuve que tragar saliva: ¿cómo iba a pagar la cena?

Maldije a W55XNX. Había sido su culpa. Ocurrió un par de noches antes de la cita, justo cuando llegaba de trabajar a lomos de la bici, cansado y triste. Encontré a mi compañero en el sofá, sin camiseta, cubierto únicamente con unos calzoncillos. Sobre su enorme tripa reposaba el mando de la consola. Me senté a su lado, tratando de no aposentarme sobre una lata de cerveza medio vacía. Estaba mascando ese chicle asqueroso y tardó en saludarme:

—Tío, te noto mal, ¿es que no te mola tu curro?

—No es eso, pero... ya sabes. A veces pienso que lo único que hago es trabajar.

—Eh, ya estás ganando dinero. Quizás es poco, pero te aseguro que dentro de un tiempo las cosas cambiarán. Siempre ocurre con los que se parten el lomo. Aquí funcionamos de esa manera, ¿lo pillas?

Asentí, pero a mi compañero no le debió de resultar convincente y, expresándose casi en un bisbiseo, me clavó la vista y dijo:

—¡Ya entiendo! Tú lo que quieres es un poco de... ya sabes... uff y tanto que quieres eso, colega, te lo noto en la forma de mirar a todas las pibas que aparecen en la tele, o cada vez que te cruzas con la vecina de la izquierda. Buen gusto el del señorito.

Noté que me estaba ruborizando. Quise interrumpir, pero mi amigo, la única persona en la que podía confiar en aquellos confines galácticos, soltó una carcajada y entonó un silbido extraño con una de sus lenguas antes de continuar hablando:

—Mi prima se acaba de quedar soltera. Le gusta lo exótico, juegas con ventaja.

No me dio tiempo a esbozar una negación. W55XNX apagó la consola y dejó caer el mando. Se comunicó con su prima haciendo temblar las antenas para concertar la cita.

Al principio no le di demasiada importancia: sólo íbamos a conocernos, a cenar en cualquier restaurante. ¿Acaso podía tener otras intenciones? Sin embargo, conforme se aproximaba la fecha los nervios se me agarraron al estómago.

En el restaurante no podía dejar de maldecir a mi amigo entre sorbo y sorbo al refresco. Mientras propinaba el último trago apareció ella.

Se había pintado las dos bocas, un maquillaje fosforescente salpicaba su rostro. Nos saludamos con cinco besos en las mejillas. Conseguí retener su nombre en la memoria a la primera: Q9999, qué sugerente y qué provocativo, pensé.

Pedimos, por suerte, una pizza para compartir. La timidez me impedía engarzar más de dos o tres frases seguidas, así que fue ella la que se hizo cargo de la conversación.

—Hace años trabajé como cooperante en tu planeta. ¡Aprendí tanto de vosotros! Sois felices incluso no teniendo nada, os estáis muriendo de hambre y aun así sonreís. ¡Es fascinante!

Le di un mordisco a la pizza, agaché la mirada y me fijé en sus piernas: eran largas y porosas, la fina tela de su falda las dejaba al descubierto. Con el mayor disimulo del que fui capaz cambié de postura, colocando mis pies muy cerca de los suyos.

—Estas semanas he tenido muchas citas, pero... eran todos iguales, me alegra conocer a alguien diferente.

Q9999 empezó a relatarme con voz lastimosa los últimos episodios de su vida sentimental, pero mi traductor sufría interferencias. A base de golpear los cascos con la punta de los dedos llegué a comprender las afirmaciones más importantes.

—Estoy cansada, estoy muy cansada de aguantar las mismas estupideces. Tú no te pareces a los demás.

Cuando casi habíamos terminado la pizza hice un gesto al camarero para que nos sirviese una bebida de alta graduación alcohólica. Al dar el primer trago, ella se sonrojó.

—No lo recordaba, esto es lo que hacéis en tu planeta para... intimar.

El restaurante se estaba vaciando, nuestras carcajadas y risas producían eco. Expulsé un gemido al notar que Q9999 me estaba dando suaves caricias con el pie debajo de la mesa.

—Hacía tiempo que no disfrutaba tanto. Seguro que puedes enseñarme muchas cosas, hablarme de vuestras tradiciones. ¡Sois tan curiosos!

Ella insistió en pagar la cuenta, y al levantarnos para salir a la calle me puso la mano en la cintura y susurró en mi oído:

—Dime... ¿alguna vez has estado con alguien como yo?

Su aliento olía a pizza, olía a trabajo duro y mal remunerado, pero al mismo tiempo en sus ojos se reflejaba el brillo de miles de estrellas.

—Uh, no, aunque... me encanta probar cosas nuevas.

Estábamos tan unidos que nuestras narices se tocaron. Pude ver cómo una gota de saliva le caía de todas las comisuras.

—¡A mí también!

Decidimos continuar la velada en una discoteca. Q9999 me invitó a la primera copa. No había hueco en el centro de la pista y nos mantuvimos de pie en uno de los extremos, cerca de la barra. La música era tan atronadora que me vi obligado a subir el volumen de los cascos para seguir la conversación. Ella aprovechaba para ganar todavía más cercanía, hablándome al oído y arañándome la espalda.

—Mi primo me ha dicho que eres muy trabajador. ¿A qué te dedicas?

Casi me atraganté con la bebida. Las luces de los focos me cegaron.

—Eh, bueno, me contrataron hace poco en un restaurante.

Las cuatro hileras de dientes de Q9999 se descubrieron a la vez.

—¡Guau! ¿Eres cocinero?

—Hum, no, al menos no en este momento, verás...

—Qué ilusión me va a hacer que prepares un plato para mí, una receta típica de tu especie.

Sentí una punzada en el pecho. Los oídos me pitaban por culpa de la música y del peso del traductor. Le di un largo sorbo a la copa para atreverme a responder.

—Pizzas. Reparto pizzas casa por casa. Cada vez manejo mejor la bicicleta.

A Q9999 se le ensombrecieron las facciones. Su cuerpo dejó de contonearse al ritmo de la música. Dio un paso atrás, en sus labios leí un susurro.

—Ah... no es eso lo que me habían contado.

—Pero... ¿te importa?

Silencio. Sólo la música rompiéndose en los rincones de la pista, sólo la mueca torcida de mi acompañante. Me ajusté el traductor por si no la estaba escuchando, pero era puro silencio, la nada absoluta, hasta que se encogió de hombros y contestó:

—Oh, claro que no... disculpa, es que necesito ir al cuarto de baño. Enseguida vuelvo.

Lo que sucedió a partir de entonces es un recuerdo borroso. Me acodé en la barra para pedir otro par de copas, pero como Q9999 tardaba demasiado en regresar acabé bebiéndome ambas. La vista se me nubló, mis piernas se movían solas y me arrastraron por la discoteca sin tomar un rumbo fijo.

En uno de los viajes a la barra me fijé en la camarera. Estaba intentando librarse de un baboso, alguien insistente cuyo aspecto no llegué a identificar por culpa de la melopea, aunque sus gritos sí que alcanzaron mis oídos.

—¿De verdad no quieres que pasemos la noche juntos? Quizás no me vuelvas a ver, ¡las cosas se están poniendo difíciles! ¿Es que no lees las noticias?

La camarera le rechazó con un aspaviento, acto seguido me rellenó otra copa.

Desperté con un dolor de cabeza insoportable. Los párpados me dolían como si tuviese clavados decenas de alfileres. Abrí los ojos poco a poco. Un escalofrío me subió por la espalda cuando pude contemplar lo que me rodeaba: una estantería repleta de libros, cuadros en las paredes, el envoltorio rasgado de un preservativo en la mesita de noche.

Aquel no era el piso de W55XNX.

Mi pulso se aceleró, cada latido era un aguijón en el pecho. Salí de la cama dando un salto, estaba completamente desnudo. Encontré mi ropa desperdigada por los recovecos del dormitorio, y antes de que pudiese ponerme los calzoncillos noté un ruido de pasos aproximándose.



¡Qué miedo! No sabía lo que me esperaba al otro lado de la pared. Apenas disponía de unos segundos para reaccionar; lo hice tirándome a la cama para esconderme bajo el edredón.

Aunque tenía la cabeza debajo de la manta logré percibir cómo alguien giraba el pomo de la puerta, también vibró en el aire el sonido de una respiración, acompañado de una pregunta que comprendí sin la necesidad de ponerme los cascos.

—¿Sigues durmiendo?

No me atreví a sacar la cabeza del edredón. Tragué saliva y tensioné los puños en cuanto un cuerpo se sentó en el borde de la cama, junto a mis piernas. Fue ese mismo cuerpo el que, a través de un movimiento rápido e imprevisible, sujetó la manta y la tiró al suelo.

Abrí los ojos y ahogué un grito de horror, resultaba difícil dar sentido a lo que tenía delante de mis narices: ¿dónde estaban sus antenas? ¿por qué en su rostro sólo había hueco para una boca? La melena larga y de color negro le caía sobre la espalda con suma elegancia, bajo su camiseta de tirantes se intuía el abultamiento de unos pechos, unos pechos femeninos, unos pechos de mujer, unos pechos de La Tierra. Éramos iguales, y de algún modo la idea me pareció aterradora, contraria a la naturaleza.

—Anoche no eras así de tímido.

No me dio tiempo a responder, la chica se lanzó sobre mí y comenzó a besarme. Guiado por un acto reflejo, un instinto que creía olvidado, me apreté contra ella y nos fundimos en un intercambio de saliva y jadeos.

Llegaron unas semanas felices. Incluso las doce o trece horas diarias de trabajo se volvieron llevaderas. La alegría eclosionaba en mi pecho: soportaba con una sonrisa bobalicona los insultos del jefe cuando me equivocaba de dirección al entregar un pedido, reía a carcajadas como un imbécil cada vez que W55XNX me recordaba lo poco atractivo que le había resultado a su prima (“prefiero comer pizza con sabor a mierda antes que darle un beso”, aseguraba que le contó ella misma), y hasta ciertas escenas perturbadoras que se sucedían a mi alrededor no me alteraban lo más mínimo.

Pude contemplar con mis propios ojos una de esas situaciones desagradables. Ocurrió en mitad de la noche, cuando ya sólo me quedaba una pizza por repartir.

Bajé de la bici apenas sin aliento, las manos me sudaban y sentía las agujetas hasta debajo de las uñas. Hacía un frío insoportable, pero las tres cajas de pizza me calentaban las manos. Con las tripas rugiendo pulsé el timbre de aquella casa.

Pasaron un par de minutos, nadie me atendió. Volví a presionar el timbre y pegué el oído al marco de la puerta, escuché entonces una especie de llanto, un sollozo que cada vez sonaba más cercano.

Al fin alguien abrió la puerta. En medio de un estrecho recibidor me topé con una silueta de antenas sinuosas, tenía el maquillaje difuminado por culpa de las lágrimas. Sujetó las pizzas e hizo una mueca.

—Oh, disculpa, no tengo el dinero encima. Ahora vuelvo.

Su marcha me permitió observar el interior de la casa. Más allá del recibidor había una sala de estar. Desde la distancia vislumbré dos figuras, una mucho más pequeña que la otra, se estaban dando un abrazo y aún desde la calle era posible percibir el eco del llanto.

—Volveré pronto, no me pasará nada, será como la última vez, a nadie le pasó nada.

—Pero, pero... ¿por qué siempre tienes que ir tú? ¿No pueden hacerlo otros?

—Somos muchos los que vamos, y tú también lo harás en el futuro. Es nuestro deber.

La figura grande pronunció durante un largo rato más palabras de consuelo, una mochila de enormes proporciones reposaba junto a sus pies.

—No te mueras, no te mueras, algunos no volvieron la última vez, eres un mentiroso.

No pude seguir escrutando porque el rostro de maquillaje desdibujado regresó al quicio de la puerta para entregarme el dinero. Cerró con un ademán suave, obligándome a abandonar la escena.

Subí a la bici con los bolsillos a reventar de monedas. La propina era generosa. El camino a casa se hizo corto a pesar de que tuve que recorrer alrededor de diez kilómetros a base de pedaladas. Las avenidas no tenían una buena iluminación y tropecé con algunos baches. Un aire polvoriento se me metía en la nariz y la boca durante el recorrido, había una quietud rara en el ambiente, un silencio que retorció el estómago.

Aquellas sensaciones no me afectaron y llegué a casa envuelto en la misma felicidad. Cada paso que daba iba acompañado, clin clin clin, de la música del dinero afinando en mis bolsillos.

En el salón, como siempre, estaba W55XNX, aunque nada más cruzarme con él noté que su actitud era distinta, el semblante ensombrecido, la cabeza gacha. Me acomodé a su lado, agarré el mando de la consola y le pregunté:

—¿Una partidita antes de dormir?

Mi compañero tardó en contestar, lo hizo irguiendo la cabeza y mostrando una mirada perdida.

—No, hoy mejor que no.

—Venga, sólo una y...

—¡No! Te he dicho que no quiero, ¡déjame en paz!

Las antenas se le pusieron en tensión, una de ellas apuntaba hacia mi rostro. Por un momento temí que me golpease, pero en lugar de hacer uso de la violencia dijo:

—Lo siento, estoy... cansado.

Después de pronunciar la disculpa, W55XNX se puso en pie con un gran esfuerzo, y arrastrando su cuerpo de más de cien kilos acabó encerrándose en el dormitorio. Me limité a encogerme de hombros. También saqué una moneda del bolsillo, la lancé al aire y la cacé al vuelo; antes de levantarme le di un beso en el dorso. La vida empezaba a tratarme bien.

Con ella compartía los mejores momentos de la semana. La chica de la discoteca se había ido ganando un hueco cada vez más importante en mi apretada rutina. Nos veíamos con asiduidad, y aunque nuestros sueldos eran escasos aprendimos a ser felices

con el único estímulo de la mutua presencia. Pasábamos las horas tumbados en la habitación, desnudos, su cabeza sobre mi pecho, intercambiando susurros.

Esa noche ella había llegado exhausta del trabajo. Era dependienta en la tienda de un reconocido comerciante, el mismo que la había acogido en su casa cuando vino desde La Tierra. Amarrándose la larguísima melena en una cola, desnuda aún de cintura hacia arriba, dejó entrever un gesto de extremo cansancio, las aletas de su nariz se fruncieron y me acurruqué junto a ella para darle un abrazo.

—Nuestra vida va a mejorar. Aquí todo funciona, no es como en nuestro planeta.

Una lágrima resbaló por su mejilla. Asintió sin demasiado convencimiento, la abracé con más ahínco.

—El esfuerzo se premia. Hay que trabajar duro, así será más fácil.

Su piel se erizó al entrar en contacto con la mía. De su garganta emergió un ronroneo.

—¿No tienes la sensación de que siempre va a ser igual?

—¿A qué te refieres?

Expulsó un suspiro casi interminable. Después de separar la cabeza de mi piel y de sentarse en el borde de la cama, y al mismo tiempo que se comía el llanto, dijo:

—¿Por qué seguimos lejos de casa? Esta vida no es mejor que la que tenía antes.

Apreté los puños y me mordí los labios. Quise sonar comprensivo:

—¿Por qué dices eso? Allí no podíamos hacer nada, ni siquiera había trabajo.

—Y aquí lo único que hacemos es trabajar.

—Pero es que... ¡el trabajo es lo más importante!

Asesté un manotazo al colchón y se hizo un silencio en el dormitorio. A través de la ventana ya sólo entraban los reflejos de la luna; era tarde y al día siguiente debíamos madrugar. Emití un bostezo a modo de indirecta. Se percató de ello al instante.

—Tienes razón. Lo siento, se me pasará.

La miré de reojo mientras me adentraba en el sueño. Se estaba secando las lágrimas con el canto de la mano y empezó a sorberse los mocos.

—Te aseguro que dentro de un tiempo las cosas cambiarán. Siempre ocurre con los que nos esforzamos.

Me dio la razón y sus sollozos comenzaron a calmarse. Era una mujer extraordinaria, aunque a veces parecía que habíamos venido de planetas distintos.

La última vez que vi a W55XNX fue en la cocina. Aquella noche me había desvelado en plena madrugada, necesitaba llenar el estómago. Su inesperada presencia me hizo dar un paso atrás. Estaba a oscuras y metiendo latas de conservas en una mochila de gran tamaño. No se percató de mi llegada hasta que me puse a carraspear para llamar su atención. Sin perder de vista la mochila, elevó la mirada y comenzó a expresarse con un tono que hasta ahora nunca había utilizado:

—Pensaba dejarte una nota para que la leyeras mañana. Debo irme ahora, me han avisado esta misma noche.

—¿Te marchas? ¿Por qué?

Mi compañero de piso no respondió al instante, ocupado en preparar la mochila con esmero. Después de llenar el bolsillo grande con ropa volvió a levantar la voz.

—Me han reclutado. En menos de una semana de viaje llegaré al frente.

Las palabras de W55XNX cayeron a plomo en el silencio de la estancia.

—Es un planeta similar al tuyo. Sus habitantes son fuertes e inteligentes, grandes trabajadores, tanto o más que vosotros, según he podido saber.

Hizo una pausa para colgarse la mochila al hombro. Acto seguido, siguió hablando:

—Nos interesa, nos interesa mucho, no me queda otra opción que ir.

—Pero, entonces... ¿me quedo aquí solo?

Al oír mi pregunta sus bocas se torcieron. No parecía él, su esencia era diferente, inspiraba pavor.

—Puedes quedarte un tiempo, pero cuando regrese...

—Entiendo.

Se me había quitado el hambre e hice amago de volver al dormitorio, pero W55XNX me cortó el paso.

—Ya sabes, bro, la rueda debe seguir girando.

Esbozó una sonrisa y se despidió propinándome un sonoro manotazo en la espalda. Cruzando el vano de la puerta con la mochila agarrada a uno solo de sus hombros parecía de nuevo el mismo de siempre. Lo último que le escuché fue un silbido; una melodía repetitiva se entonaba desde sus labios a medida que iba saliendo hacia la calle.

\*\*\*

Han pasado algo más de siete años desde que llegué a este planeta. Aquella última guerra duró más de lo previsto. La mayoría no regresaron. Sigo viviendo en la misma casa, aunque ahora sin W55XNX. Nadie sabe lo que ocurrió con él; no volvió, eso es todo.

Justo hoy es inevitable acordarme de esa época, sobre todo cuando el sonido del timbre me saca del letargo.

Levantarme del sofá supone un esfuerzo desmedido. El mando de la consola reposa sobre mi enorme tripa y lo coloco con cuidado encima de la mesa, para colmo tengo que caminar con la vista fija en el suelo para no resbalarme con alguna de las latas de cerveza a medio vaciar que se reparten a lo largo de la estancia.

Avanzo con tanta lentitud que el timbre suena otra vez.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! Ya vo...

Dejo de gritar. No habrá forma de comunicarnos hasta que le ofrezca un traductor auditivo.

Al fin alcanzo la puerta. Giro el pomo y al otro lado encuentro a una criatura que me dobla en tamaño, la cara llena de pelo, una nariz de siete orificios. Me saluda con una especie de aullido. Sin andarme con rodeos le acompaño hasta el dormitorio.

—En esta habitación vivía yo hasta que mi anterior compañero... Se fue. Seguro que aquí estás cómodo.

El desconocido se rasca la cabeza con sus zarpas y hace un gesto de asentimiento. Le dejo solo, sentado a los pies de la cama, mirando al infinito y en silencio.

Enciendo la consola nada más sentarme de nuevo en el sofá. Ha anochecido y la única luz que se proyecta en la estancia es la del televisor. Con la mano derecha aprieto los botones del mando, con la izquierda agarro una lata de cerveza; un largo eructo escapa de mi garganta después del primer sorbo.

La partida no dura tanto como me gustaría. La imagen se corta sin previo aviso porque la cadena planetaria de televisión va a emitir un comunicado.

Aparece la presentadora en pantalla y tiro el mando al suelo. Gruño, bufo, ¿es que tienen que molestar incluso a estas horas?

El mensaje es conciso y lo comprendo casi sin hacer uso del traductor. Las frases más perturbadoras se quedan flotando en mi cabeza:

“Nuestras tropas están luchando con valentía, pero ya sufren las primeras pérdidas”.

“Venceremos cueste lo que cueste, es un planeta que hemos descubierto nosotros, es un planeta que nos corresponde”.

“Se ruega a todos nuestros habitantes que permanezcan alerta: el reclutamiento puede comenzar en las próximas semanas”.

La emisión se corta y vuelve la partida. Antes de sujetar el mando aprovecho para llevarme la mano al bolsillo, sacar mi cajita de metal, abrirla y llevarme la sustancia chiclosa y blanca a la boca. Un par de mordiscos bastan para olvidarme de los avisos de la televisión, mi ansiedad se calma.

Así pasan las horas, los días y las semanas, entre partida y partida, masticando y bebiendo cerveza. ¿Reclutamiento? Con los militares será suficiente, pronuncio en voz baja cada vez que emiten una advertencia desde el televisor, ¿permanecer alerta? Repito mientras río, ensimismado en el juego, los ojos centelleando delante de la pantalla; todo irá a mejor, todo irá a mejor, todo irá a mejor, me digo, me digo, me digo.